

## la página de Sergio Vodanovic

EN la Acrópolis de Atenas, frente a las ruinas del Partenón, donde los trozos marmóreos se encuentran diseminados junto a los desperdicios de folletos y cápsulas de rollos fotográficos que dejan los turistas, no pude simular mi decepción. Era necesario un gran esfuerzo de imaginación para pensar que estaba pisando el mismo suelo donde se había estructurado todo el esplendor de la cultura helénica en la magna obra de Pericles.

Uno de los grandes efectos de los viajes es desmistificar. La realidad jamás sobrepasa la imaginación.

Me acordé de mi decepción de la Acrópolis, en Hollywood. Allí, también, a su manera, había nacido una cultura y desde sus estudios había emanado una leyenda que pobló de sueños a millones de personas. Sus calles, sus amplias avenidas, las colinas que lo rodean con casas de enormes piscinas, sus lugares más destacados habían sido fotografiados, comentados, elogiados y magnificados por centenares de periodistas que distribuyeron una visión de Hollywood que a pocos dejó de inquietar.

Yo no digo que todo eso no existió. Mejor pensar que esa ebullición febril de un Hollywood donde se hacía y deshacía la gloria, donde entraba una muchacha con un sweater ajustado a una fuente de soda y salía convertida en Lana Turner, existió de verdad.

Lo que sí sé, a ciencia cierta, que ya no es así. Que el pasajero que asoma su nariz por un par de días a este rincón del mundo otrora fabuloso, tiene la impresión de haber llegado tarde a la fiesta; que ella terminó hace tiempo y que sólo quedan la decoración y las guirnaldas o las ruinas, al igual que en la legendaria Acrópolis, pero con la diferencia de que aún no han pasado los siglos necesarios para que se convierta en atracción turística.

Caminé por Hollywood Boulevard y pisé su pavimento con estrellas de mosaico en cuyo centro se leían nombres supuestamente famosos, supuestamente, porque si a cada ocho pasos pisaba a un Bing Crosby o a una Esther Williams, en los siete restantes caminaba sobre nombres que alguna vez refulgeron, pero que ya todos han olvidado.

En la esquina de Hollywood Boulevard con Vine Street, me detuve. Esa era la esquina donde tantos periodistas durante tanto tiempo



El edificio de la Capitol, en Vine Street, en el corazón de Hollywood.

# HOLLYWOOD: LA FIESTA TERMINO

me dijeron que por ahí pasaban las mujeres más lindas del mundo. Miré y nada. Las mismas oficinistas con gesto cansado de cualquier lugar del mundo; el mismo latino ocioso que pulula por las grandes ciudades norteamericanas; los mismos jubilados de todas las esquinas. ¿Y las mujeres más lindas del mundo? Tal vez habían emigrado a Providencia, entre Lyon y Pedro de Valdivia, para exhibirse un sábado en la mañana. Tal vez. Pero no estaban en Vine con Hollywood.

En auto recorrí Sunset Boulevard. Ahí estaban las mansiones, pero todas con un aire de películas de la década de 1940, con su estilo californiano que no se lleva ya y con el mismo aspecto de esos barrios santiaguinos que un día fueron la última palabra de la elegancia y la arquitectura y que ahora se ven sobrepasados por el tiempo.

No llegué hasta los grandes estudios de fuera de Hollywood, pero me asomé a los que se encuentran en el corazón de él. Son ahora estudios de televisión, donde entran y salen personas con cara de ejecutivos, cejijuntos, preocupados, hombres de negocios serios y ordenados.

Y después de este vistazo de un día, al día siguiente me quedé en el hotel. En la puerta de él, me enteré de que mi cuarto había sido ocupado alguna vez por Ronald Colman y que en su piscina se habían bañado Cary Grant y Jane Powell. Pero ahora el hotel está poblado por señoras canosas que leen "Los Angeles Times" y comen hamburguesas en la cafetería.

Es cierto que mi visión fue tan superficial, como la del periodista norteamericano que viajó una semana por Latinoamérica y escribió un libro sobre nuestro continente; pero esa visión era suficiente para saber que la fiesta ya terminó, que Hollywood seguirá siendo centro de la industria del cine norteamericano, pero que la locura, la belleza, la audacia, la efervescencia de la que tanto y tanto se escribió ya no existen.

Hollywood ha dejado de ser la leyenda rosada, la Meca donde llegaban hombres y mujeres jóvenes sedientos de gloria, de fama y dinero. Se acabó la leyenda y principia a formar parte de la historia.

Parafraseando a Coke y su película chilena de la década del 40, podría decirse: "Hollywood ya no es así". ■